

esperaba más que una ocasión para decidir á Corancey. Ninguna mejor que ésta.

—¿Y su hermano de usted?—preguntó Ely.

—¿Eh?... ¿Mi hermano?... ¿Mi hermano?...—repetió le veneciana.

Y su rostro enrojeció, para ponerse más pálido en seguida. Era visible que un último combate se libraba en su alma: un resto de temor luchaba contra la fuerza moral al fin adquirida. Tenía dos motivos para encontrarse animosa: su amor, aún más exaltado por la dicha y la voluptuosidad, y la reciente esperanza de ser madre. Se lo dijo á Ely con el sublime impudor, orgullo casi, de las mujeres verdaderamente enamoradas.

—Además—añadió—, no podré guardar mucho el secreto; creo que estoy en cinta... Pero enviemos á llamar á Corancey al momento. Hará lo que usted le aconseje. No comprendo por qué vacila; y si no tuviera tanta confianza en él, creería que lamenta ya el haberse casado.

A pesar de los temores expresados por la sentimental Adriana, el provenzal no formuló objeción alguna cuando la señora de Carlsberg le pidió que revelase al Archiduque y al preparador todo el misterio ó toda la comedia del *matrimonio secreto*. Si su anciano padre hubiera podido ver la cordial condescendencia con que la concedió el permiso, que marcaba para el intrigante el término supremo de sus deseos, hubiera pronunciado una vez más su frase: «Mario es un buen zorzal.» En estos meridionales próximos á Marsella hay algo del griego y del toscano, y parecen llevar esculpida en el fondo del corazón la sentencia

que resume toda la filosofía italiana ó levantina: *Chi ha pazienza, ha gloria.*

Pensaba Corancey hacer público su matrimonio tan pronto como tuviera esperanza de ser padre; pero consentir en esta publicidad á ruegos de la baronesa Ely, y con el fin de rehabilitar á una joven calumniada, era ocasión soberbia para mostrarse magnánimo y práctico. Y todas sus complejidades de hombre de imaginación y de astucia aparecieron en las palabras que dijo, que fueron éstas:

—Es preciso seguir la suerte, Adriana. Esta, como sabes, es mi máxima. La historia de miss Marsh y de Verdier es para nosotros una indicación. Suceda lo que suceda, debemos anunciar nuestro matrimonio. Mucho hubiera deseado prolongar este misterio por antojármese deliciosa la aventura, y ser yo, antes que nada, un hombre romántico de la antigua escuela, un trovador. Verla, adorarla—y mostró á Adriana, que enrojecía de placer al escuchar aquellas protestas—, sin otros cómplices en nuestra dicha que amigos como usted—y se volvió á Ely—, como Pedro, como miss Marsh, era el ideal realizado... El de ahora será otro ideal, pues podré decir á todos: «¡A mí me ha elegido!» Pero—é hizo una pausa para dar más importancia á su consejo—si Corancey es un trovador, es un trovador que alardea de tener buen pulso. Salvo opinión contraria, no creo que Adriana y yo debemos ir á participar nuestro matrimonio al Príncipe. ¿Me permite usted hablar francamente, Baronesa? Yo no he sabido lisonjear... El Príncipe... ¿cómo expresar esto? En fin, el Príncipe es muy príncipe: no le gusta ser contrariado, y el sentimiento

de Verdier por miss Marsh no le agrada. Seguramente sabe que han reñido. Tal vez hasta ha juzgado severamente á la joven en presencia de su preparador. El quería conservar en el laboratorio á ese mozo: cosa natural. ¡Tiene Verdier tanto talento! Por esto no me parece que ha de serle muy agradable que vayamos á decirle: «¿Sabe usted? Miss Marsh ha sido calumniada. Ha sido la confidente de la más honrada, de la más leal de las mujeres, en la más honrada y legítima de las uniones.» Y después, ¡reconocer un error de este género ante testigos extraños! Así es que me parece más sencillo y más útil para la reconciliación final que el Príncipe lo sepa todo por usted, querida Baronesa, y por usted sola. Adriana va á escribirla á usted una carta que yo la dictaré, suplicándola á usted que sea nuestro intérprete cerca de Su Alteza y le anuncie nuestro matrimonio. Lo demás irá por sus pasos, mientras nosotros nos arreglamos como nos sea posible con Alvisé...

De forma que las circunstancias ponían á la señora de Carlsberg en un nuevo conflicto con su marido en el momento en que atravesaba una crisis tan dolorosa, que ella era incapaz de prever y de evitar, ó simplemente de observar. Más tarde debía recordar con frecuencia aquella mañana; y ¡qué turbión de circunstancias, en el que parecía que ni Pedro, ni Olivier, ni ella misma debiesen nunca estar mezclados, habíala arrastrado á ella primero, para arrastrar luego á los dos jóvenes! Que Chesý se hubiera estúpidamente arruinado en la Bolsa, y que Brión quisiera aprovecharse de esta ruina para seducir á la pobre Ivona; que esta última fuera el retrato de la difunta

hija de Marsh, y que esta identidad de fisonomías interesase al Nabab de Marionville hasta el punto de resolverle á la más romántica y más práctica de las caridades; que Verdier hubiera hecho un descubrimiento de un inmenso valor industrial, y que Marsh pretendiese el beneficio de ese invento por el medio más seguro, dando á su sobrina por esposa al joven químico; que Adriana y Corancey estuvieran á la husma de una ocasión para dar publicidad á su inverosímil matrimonio secreto; todas éstas eran historias diferentes á la suya, y que, al parecer, jamás la habían de importar más que indirectamente. Y, sin embargo, cada una de estas historias relacionábase algo, como por prometido concurso, con el paso que se preparaba á dar siguiendo el consejo de Corancey, y con este paso iba á preparar un desenlace inesperado y temido á la tragedia moral á que estaba unida. El juego de los sucesos diferentes los unos de los otros que da al creyente la evidencia de una justicia superior, nos produce, al contrario, la impresión de vértigo cuando por faltar la fe, no hacemos más que notar lo asombroso de este conjunto de detalles. ¡Cuántas veces se había preguntado Ely cuál hubiera sido el porvenir de su pasión, aun después de la conferencia entre Pedro y Olivier, de no haber ella ido aquel día á visitar á Marsh para prestar un servicio á Ivona, si Marsh no solicitase de ella que reconciliara á Florencia con Verdier, y, en fin, si el matrimonio de Adriana y Corancey no hubiera sido anunciado al Archiduque con un atrevimiento que exasperó la rabia del segundo! ¡Van as hipótesis, que hacen sentir más duramente á los que se entregan á

ese infantil trabajo de reconcentrar su vida en el pensamiento, la irresistible fuerza del destino! Dirigiéndose á la quinta Helmoholtz con la carta de Adriana entre su guante, no sospechaba Ely el terrible y próximo porvenir. No iba alegre, pues separada de Pedro de tan cruel modo, no podía sentir alegría alguna; pero experimentaba una amarga satisfacción de venganza que debía pagar muy cara. Apenas llegó á la quinta mandó recado al Príncipe, que nunca almorzaba con ella, preguntándole si podía concederle unos momentos de audiencia, y fué introducida en el laboratorio, sitio donde no había entrado tres veces. Allí, en aquella estancia con todo el aspecto de una fábrica científica, el cuerpo envuelto en un delantal, el gorro en la cabeza, el heredero de los Habsbourg estaba de pie ante un horno de forja, al fuego del cual calentaba él mismo un hierro. Un poco más lejos, vestido como su amo, Verdier preparaba unas pilas eléctricas; y en la vasta pieza, que recibía la luz por el techo, no se veían más que máquinas complicadas, instrumentos misteriosos y aparatos ininteligibles para un profano. Los dos químicos, sorprendidos así en el ejercicio de su profesión, tenían una expresión atenta y fija que la ciencia experimental parece dar á todos sus devotos. Reconocíase en ellos la sumisión al objeto, la paciencia que impone la duración necesaria de los fenómenos, la seguridad en la espera, esas altas virtudes intelectuales que produce la constante imagen de *la ley*. No obstante, al través de la serenidad del trabajo, era indudable que el preparador estaba hondamente preocupado. El Príncipe parecía rejuvenecido á fuerza de alegría, pero alegría

malévola y baja, que la presencia de su mujer pareció hacer aún más cruel. Acogióla con esta frase, llena de ironía:

—¿A qué debemos el honor de tu visita, querida, en nuestro *pandemonium*? Esto no es muy agradable al primer golpe de vista. Sin embargo, se pasa la vida más feliz que en otra parte. Las ciencias naturales producen una sensación que no se encuentra en la vida: la de la verdad. En una experiencia bien hecha, no puede haber ni mentira ni decepción... ¿No es cierto, Verdier?

—Me alegro en el alma oír á vuestra Alteza hablar de ese modo—respondió Ely.

Y devolviendo á su marido ironía por ironía, añadió:

—Puesto que ama Vuestra Alteza tanto la verdad, espero que me ayudará á hacer justicia á una persona que ha sido calumniada cruelmente aquí, tal vez ante monseñor, y ciertamente ante el señor Verdier.

—No te comprendo—dijo el Archiduque, cuyo rostro se ensombreció—. Ni el señor ni yo dejamos calumniar á nadie en presencia nuestra. Cuando creemos algo de alguno, es porque poseemos pruebas. ¿No es verdad, Verdier?

Se había vuelto hacia el preparador, que no respondió nada. La frase de la Baronesa había sido tan clara para los dos hombres como si hubiera nombrado á miss Marsh, y la mirada de Verdier reveló cuánto amaba á la joven americana y cuánto sufría por no estimarla. Esta nueva señal de un sentimiento aborrecido fué muy penosa al Archiduque, y su voz

tomó de nuevo un tono autoritario, casi brutal, para decir:

—Además, nuestros instantes están contados. Las experiencias no esperan, y te agradeceré mucho que dejes los enigmas y hables con claridad.

—Obedezco, monseñor—respondió Ely—, y seré breve. He sabido por mi amiga la señorita Marsh...

—Si has venido para hablar de esa intrigante, la conversación es inútil—interrumpió bruscamente el Príncipe.

—Monseñor...

Era Verdier que se acercaba. El insulto lanzado por el Archiduque contra Florencia, le estremeció hasta lo más hondo de su sér.

—¿Y bien?—respondió el maestro volviéndose á su preparador—. ¿Poseemos la prueba de que la señora de Bonnacorsi tiene citas en una casita del Golfo Juan? ¿La hemos visto entrar en ella? ¿Sabemos quién ha alquilado la casa y el nombre del amante con quien se ve en ella? ¿Le acompaña miss Marsh? Responda usted ¿sí ó no? Y responda también categóricamente: si tuviera usted un hermano, un amigo, ¿le dejaría usted casarse con una joven de la que supiera usted que es cómplice de una aventura de este género?

—No es cómplice en ninguna aventura—interrumpió Ely con una indignación que no disimulaba—. La señora de Bonnacorsi no tiene un amante, no le tiene. Puesto que Vuestra Alteza me ha autorizado, déjeme que ponga las cosas en su punto. El catorce de este mes, en Génova, yo, que hablo á Vuestra Alteza, he asistido al matrimonio de Adriana con el señor de

Corancey en la capilla del palacio de Fregoso, miss Marsh asistió como yo. Con razón ó sin ella, han querido que la ceremonia fuera secreta. Tenían sus motivos para ello. Ya no los tienen, y he aquí una carta en la que Adriana me suplica anuncie oficialmente su matrimonio á Vuestra Alteza. Ya ve usted—añadió dirigiéndose á Verdier—que Florencia no ha cesado de ser la más honrada, la más pura de las jóvenes, y qué razón tenía yo para decir que había sido calumniada de un modo cruel é injusto.

El Archiduque había tomado la carta de Adriana. Después de leerla se la devolvió á su mujer sin hacer comentario alguno. La miró frente á frente con esa mirada aguda y altanera tan propia de los príncipes, y que lee hasta el fondo de una conciencia. Vió que Ely no mentía. Miró en seguida á Verdier con ojos en los que la cólera se fundía en una profunda tristeza, y sin prestar ya atención ninguna á Ely interpeló al joven, tuteándole, forma familiar autorizada por la diferencia de edad y de posición, pero que el Príncipe no solía emplear ante testigos:

—Amigo—le dijo, y su voz, tan acre, tan metálica por costumbre, se enterneció—, confiesa la verdad. ¿Lamentas la resolución que has tomado?

—Lamento haber sido injusto—respondió Verdier, con acento tan conmovido como el de su maestro—. Esta es la verdad, monseñor, y desearía poder pedir perdón á la persona á quien he ultrajado con mis sospechas.

—Tiempo tendrás para hacerte perdonar—respondió el Archiduque—, está seguro de ello. ¿Has venido de parte suya, verdad?—preguntó á Ely.

—Exacto—dijo la joven.

—Ya lo ves—dijo el Príncipe—. Vamos—continuó con una mezcla de lástima y brusquedad—, baja á tu corazón: en ocho días has podido ver claro. ¿La amas siempre?

—La amo—respondió Verdier tras un instante de silencio.

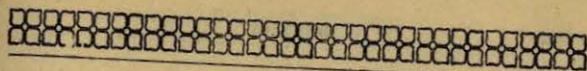
—Un hombre más al agua—dijo el Príncipe encogiéndose de hombros; pero al profundo suspiro que acompañó la trivialidad brutal, salvaba el cinismo de la misma—. ¿De modo, desdichado, que no te basta esta vida que llevamos juntos, tan completa, tan alta, tan libre? ¿No te satisface esta activa exaltación del descubrimiento, que hemos gustado juntos de un modo completo? ¿Quieres entrar en esa infame soltería que yo te había enseñado á juzgar en lo que vale, casarte, abandonar este asilo, abandonar la ciencia, á tu maestro, á tu amigo?

—Pero, monseñor—interrumpió Verdier—, ¿no puedo estar casado y continuar trabajando con Vuestra Alteza?

—¿Con esa mujer? Jamás—respondió el Archiduque con un tono de apasionada energía—. Y lleno de cólera, añadió: —¡Jamás! Separémonos, puesto que es preciso, pero sin hipocresía, sin mentira, de un modo realmente digno de lo que hemos sido el uno para el otro. Sabes bien que la primera condición de tu matrimonio con esa joven es que entregues á su tío ese secreto—y golpeó con la mano uno de los acumuladores colocados sobre la mesa—. No me digas que rehusarás porque tu invento nos pertenece á nosotros dos... Yo te doy mi parte... ¿Lo

entiendes? Te la doy. Llegarías á hacerme traición, por debilidad, por ese cobarde amor que llevas en el corazón. Tú no tendrás ese remordimiento. Cásate con esa mujer. Vende nuestro invento á ese negociante, véndele la ciencia; te autorizo para ello. Pero no te volveré á ver..., pues lo que vas á venderle, entiéndelo, es la *ciencia*. Hazlo, pero sabe que lo haces, y sabe también que, haciéndolo, participas de toda la ignominia de la época, de ese vasto crimen colectivo que los inocentes llaman civilización. De tu descubrimiento, de tus descubrimientos, pues tú continuarás trabajando y teniendo genio, tu nuevo señor hará millones y más millones, eso, que significa un lujo abyecto y vicios inmundos en lo alto, y en lo bajo un estercolero de miseria y de esclavitud humana. ¡Ah! ¡Qué bien había yo juzgado desde el primer día á esa joven! He aquí su obra. Ha aparecido, y no has podido defenderte. Y ¿de qué? ¡De sus sonrisas, de sus miradas, que hubieran sido para otro de no haberte tú encontrado allí! ¡De los tocados, sobre todo, y del lujo!... Déjame continuar. Dentro de una hora tú estarás á su lado y te reirás cuanto quieras con ella de tu maestro, de tu amigo. ¡No sabes lo que es un amigo como yo, y que como yo te quería! Algún día lo comprenderás, cuando hayas medido la diferencia entre lo que dejas, esta comunidad de ideas, esta alta intimidad de pensamientos, y lo que prefieres, ¡esa vida en la que vas á entrar, vida degradante, envenenada! ¡Adiós, Verdier—y al pronunciar la palabra «adiós», el extraño personaje tuvo en su acento una tristeza y una amargura infinitas—. Te casarás con esa joven; lo leo en tus ojos. Puesto que así ha de

ser, prefiero no volver á verte. Haz tu fortuna con lo que junto á mí has aprendido. Te he debido las mejores horas de mi vida desde hace años. Por esto te perdono. Pero te repito que no te veré más. Todo ha concluído entre nosotros. . Y en cuanto á ti—continuó, envolviendo á Ely en una mirada de odio—, ¡yo te prometo que nos veremos!...



XII

EL DESENLACE

Aquella amenaza, pronunciada con una voz que revelaba una terminante resolución, no hizo bajar los ojos á la joven. Al regresar á su habitación, no retenía de aquella escena tan terrible para ella, puesto que la había atraído el odio del más injusto y vengativo de los hombres, más que una impresión ajena por completo á su seguridad personal. Al escuchar al Archiduque arrojar aquel grito de bestia herida, habíase representado lo que debía haber sido la conversación entre Olivier y Pedro. Acababa de ver á lo vivo el sentimiento que unía á los dos amigos; la rebelión del hombre desdichado contra la mujer y contra el amor, y el arranque para buscar refugio en la fraternidad viril como en un fuerte al que la funesta compañía no podía llegar. Ely vió el conflicto entre la amistad y el amor. En el corazón de Verdier el triunfo era del amor, no sentía por el Príncipe más que una amistad de discípulo á maestro, del obligado al protector, llena de deferencia y de reconocimiento, y, además, Verdier estimaba á la mujer que amaba. ¡Qué diferente hubiera sido su ac-